

Sermón de Paula Marie Jackson de La Iglesia de Nuestro Salvador, Cincinnati, Ohio, EE. UU.  
30 septiembre 2007 (Año C, Propio 21 — San Lucas 16:19-31)

“Si no escuchan a Moisés y a los profetas, aunque resucite uno de entre los muertos, no se convencerán.”

El evangelista pregunta, con esta conclusión, “Nosotros decimos que uno ha resucitado de entre los muertos, pero ¿somos convencidos?” Si no escuchamos a Moisés y a los profetas, ¿que quiere decir la resurrección de los muertos?

Moisés y los profetas representaban el propósito de Dios, que la gloria de Dios sería manifestado en la tierra. Hacer la justicia, querer la compasión, andar atentamente con Dios. Amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Hacer a los otros como queremos que otros hagan a nosotros. ¿Por qué no podemos hacer esto?

Pero, ¿qué encontremos cuando miramos hacia nuestros prójimos? Todo el tiempo, dondequiera que miremos, vemos abismos. Abismos entre pobres y ricos. Abismos entre naciones. Abismos entre personas de varias comunidades de fe. Abismos entre ciudadanos y inmigrantes. El abismo del racismo, del odio y la sospecha. Todos estos abismos son el resultado del miedo, la ansiedad de “No voy a tener lo que necesito.” Vemos a otros como competidores para buenos insuficientes en este mundo, no como compañeros en el viaje hacia la abundancia de Dios. No podemos compartir lo que tenemos, por miedo de perder lo que necesitamos.

Jesús dice por Abrahán en el cuento, si esperamos un día y un lugar donde no hay estos abismos entre nosotros y el Reino de Dios, debemos empezar tender puentes sobre los abismos ahora en este mundo.

El evangelio de Jesucristo no es un método de hacernos ricos. Las buenas noticias de Dios no soportan ningún abismo entre clases de gente. El evangelio de Jesucristo es un viaje de compañeros. El evangelio nos hace un pueblo sin abismos entre nosotros. El evangelio nos hace un pueblo que tiende puentes todo el tiempo, en todo el mundo.

Aunque la sabiduría de nuestra sociedad diga que no se puede sobrepasar los abismos de este mundo, somos un pueblo de esperanza y fe. Esperamos la realización del Reino de Dios y por eso, vivimos en consecuencia. Como el profeta Jeremías, comprando un campo por sus descendientes aunque él no lograra conocer la paz de su nación en su vida. Todo lo que tenemos en esta vida es para tender puentes ahora, para que no nos encontremos en el lado de un abismo que no podemos cruzar al fin.

Dios nos ha dado lo que necesitamos en este mundo, para cruzar abismos entre todas clases de gente. Tenemos que comenzar aquí, en el Cuerpo de Cristo, con las personas que el Espíritu ha dirigido hasta esta comunidad. Cada persona en la comunidad tiene la oportunidad de tender un puente. No importa las diferencias de raza, de orientación sexual, de dinero, de idioma. Debemos ser compañeros en el viaje hasta el Reino de Dios. Si no escuchamos, y no vivimos, como nos enseñan los profetas, ¿qué significará la resurrección de los muertos? ¿A quién le importa, si esta resurrección no hace ninguna diferencia en el mundo de abismos? ¿Cómo reconciliará a los ajenados por la muerte, si no reconcilie a los vivientes ajenados?

¿Cuáles abismos quedan en tu vida? ¿Qué tienes en tus manos, para empezar la obra de Dios, de tender un puente hacia una hermana o un hermano? Dinero, comidas, transporte, tiempo, amistad, compasión, oración.... No temes que no habría bastante para tí si ofrezcas algo a tu prójimo. Si nos hacemos ricos en buenas obras, nunca nos encontraremos sin compañeros en la hora de necesidad. ¿Hay miembros de esta congregación con quienes has dejado quedar un abismo entre ti y ellos? No temes que no podrías ofrecer nada, a causa de las diferencias. No hay abismos en el Reino de Dios. Todos nosotros somos constructores de puentes. ¡Nos pongamos a trabajar!